

# CIEN MIL MUERTOS AL DIA

**el hambre de los otros nunca ha quitado el apetito a nadie**

No temáis nada. No os vamos a quitar el gusto del caviar, del foie-gras, del turrón navideño. Además, siempre os quedará el recurso de pensar en los nababs indios, en los feudales brasileños, en los coroneles de Argentina, en los príncipes hachemitas, en la United Fruit y en la Standard Oil, cuando, en ésta o en cualquier otra ocasión recordéis que hay 500 millones de niños que están subalimentados, que 35 millones de hombres mueren de hambre cada año, que dos mil millones de hombres, de los tres mil que habitan la tierra, están desnutridos o subalimentados y que, como afirma René Dumont, «caminamos hacia el hambre, hacia un hambre extensamente generalizada en la mayor parte del tercer mundo a partir de 1980».

Pero no temáis nada. El hambre de los otros nunca ha quitado el apetito a nadie. Un hambre que no se padece personalmente es tan abstracta como las cifras que acabáis de leer o como el dolor de muelas de vuestro vecino. Y cuando os dicen que 35 millones de hombres mueren de hambre cada año (100.000 diarios), tenéis razón al dudar de la seriedad de esta cifra, ya que sólo se muere de inanición cuando se ha estado cuatro semanas enteras sin comer nada, y además, esas gentes mueren de enfermedad unas veces vergonzosa y otras noble: tuberculosis, cólera, gripe o mordiscos de rata —después de haber vivido durante uno, cinco o treinta años a base de maíz, manioc, zanahorias negras, tocino, etcétera—, y haber contraído de paso uno de esos males carenciales bajo los que el hambre crónica se disfraza y convierte al hombre en cretino, débil, ciego, impotente, vulnerable a los microbios y a los parásitos. En estas condiciones, ¿cómo distinguir al que muere de enfermedad del que muere de hambre?

Pero, ¿qué más da! Aun en el caso de

que renunciarais a las ostras, al pavo o al modesto pollo de los domingos, no haríais bien a nadie, ni tan siquiera a vosotros mismos. ¿Entonces? De todos modos, veamos qué sucede.

## **PRIMER MITO A DESTRUIR: EL HAMBRE ES PROVOCADA POR CATASTROFES NATURALES**

«El hambre es una plaga fabricada por el hombre», ha escrito Josué de Castro. ¿Sofisma? No, a condición de que razonemos a escala de decenios y no de meses. Las inundaciones, las sequías, los retrasos de los monzones, el clima árido, son causas de hambre en los países subdesarrollados. No tienen remedio a corto plazo, pero no son las últimas causas de la pobreza. A menudo, las inundaciones son debidas a la deforestación: el agua se precipita por las pendientes desnudas de las laderas y la tierra desciende a los lechos y desembocaduras de los ríos. Cuando la erosión hidráulica ha concluido su trabajo, comienza la erosión eólica: las tempestades de arena. El desierto de Libia, el desierto de Thar en la India, el sertao brasileño, el karts yugoslavo deben su esterilidad al hombre. Pero mientras en Brasil y en Chile siguen incendiando los bosques, en los confines septentrionales de China han plantado un telón de 500 millones de árboles que transformarán el clima.

¿El retraso del monzón? Se teme que haga morir de hambre a un millón de indios en los próximos seis meses. Tienen un déficit de 10 millones de toneladas de cereales. Sin embargo, sobre una cosecha media de 80 millones de toneladas, solamente 12 millones se almacenan en silos modernos, mientras el resto se apila en los graneros de los campesinos. En éstos, las ratas devoran un 10 por 100 del trigo y un 20 por 100 del



La India es el primer país que viene a la mente cuando se habla de hambre.

arroz, es decir, alrededor de 10 millones de toneladas que podrían ser conservadas con una modesta inversión.

## **SEGUNDO MITO A DESTRUIR: LA SUPERPOBLACION ES UNA CAUSA FUNDAMENTAL DEL HAMBRE**

Hay que desconfiar de los razonamientos lineales. Si el conjunto de los países no industrializados está hoy peor alimentado que





Se habla del problema del hambre en el mundo. Esta imagen ha sido obtenida en Santal Pargona, Estado de Bihar, ante el centro de distribución gratuita de alimentos.

hace treinta años, si sólo cubre el 93 por 100 de sus necesidades calóricas, la causa no es la «explosión demográfica».

Por otra parte, esta explosión es real. La tierra no alcanzó sus primeros mil millones de habitantes hasta 1850; pero sólo necesitó setenta y cinco años para llegar al segundo y treinta y cinco al tercero. El cuarto lo alcanzará en quince años (1975) y el quinto en diez (1985).

Sin embargo, es precisamente el hambre lo que provoca la proliferación y no lo con-

trario. Josué de Castro lo ha demostrado científicamente: el hambre tiene como efecto biológico aumentar la fecundidad femenina. Añadid la falta de higiene, la desocupación, la promiscuidad —que son corrientes en las poblaciones miserables— y podremos concluir con Josué de Castro que se puede conseguir la disminución de la tasa de natalidad por la eliminación del hambre, pero no procediendo a la inversa, comenzando por querer limitar los nacimientos.

El control de la natalidad sólo tiene sen-

tido como medida transitoria, acompañada de la movilización de todas las energías en la lucha contra la escasez.

Tiene un sentido —en China o en Japón— en la medida que permite alcanzar más rápidamente el nivel de vida que provocará el descenso espontáneo de la natalidad. Por el contrario, es prácticamente inaplicable en Brasil, Bolivia, India, donde las condiciones sociales, administrativas y el analfabetismo son poco propicios a su puesta en práctica: «Si el hambre y la **SIGUE**



«Para el conjunto del mundo, la mitad de los niños en edad pre-escolar están subalimentados hasta tal punto que su desarrollo físico y mental está retrasado y su tasa de mortalidad, en los países subdesarrollados, es sesenta veces más elevada que en los países más desarrollados».

miseria existen en el mundo —escribe de Castro— no es porque haya demasiados hombres, sino porque hay pocos hombres para producir y muchos para comer». Esta afirmación se comprende mejor si se la compara con aquella frase que pronunció otro brasileño, Miguel Arraes, en febrero de 1963 cuando fue investido gobernador de Pernambuco: «La enorme franja de "massape" del noreste brasileño es una de las tierras más fértiles del mundo. Es nueve veces más extensa que la superficie cultivable del japon, que alimenta a 100 millones de personas. Pero de esta tierra nuestra, nosotros sólo sacamos la caña de azúcar y algunos productos de subsistencia, en cantidades muy inferiores a las necesidades de los 23 millones de habitantes de la región. La explicación radica en que la explotación de estas tierras, cuando se hace, no se propone satisfacer las necesidades de la población,

sino enriquecer a media docena de grandes propietarios».

¿Cuántos parados hay en el Nordeste? ¿Un 20? ¿Un 40? Difícil de calcular en un país donde el jornalero trabaja cien días al año y el pequeño propietario, a menudo, media hora al día.

**TERCER MITO A DESTRUIR:  
LOS PAISES DEL HAMBRE  
SON DEMASIADO POBRES  
PARA ASEGURAR  
POR SUS PROPIOS MEDIOS  
SU "DESPEGUE" ECONOMICO**

El excedente, susceptible de ser invertido, es considerable, pero en vez de invertirlo es consumido, esterilizado en compras especulativas de tierras, colocado en Suiza o en los Estados Unidos por clases parasitarias fabulosamente ricas: los grandes propietarios de tierras, la casta burocrática, comerciantes y usureros.

En la India, el usurero descuenta corrientemente un 50 por 100 de interés sobre los préstamos a seis meses y la tasa puede alcanzar un 800 por 100 al año. El usurero y el gran propietario (que a menudo son la misma persona) controlan la vida del pueblo. También en los períodos de buena cosecha, el comerciante en granos organiza la escasez, rechazando el colocar los «stocks» en el mercado, para que los precios suban.

En el Brasil, el jornalero gana el salario más bajo del mundo. Además, el latifundista, a través del capataz, le vende los alimentos básicos «a un precio cinco o seis veces superior al precio medio de las tiendas de la localidad». A 36 kilómetros de Recife, el salario de un jornalero equivale a un kilo de fécula de maní o a un litro de cerveza.

En su informe de 1965, la F. A. O. (Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura) recuerda

«Solamente un 28 por ciento de la población mundial dispone de 2.700 calorías diarias, por debajo de las cuales comienza la subalimentación o la malnutrición.

Un 12 por ciento de los hombres dispone de 2.200 a 2.700 calorías: éstos son los subalimentados.

El 60 por ciento de la población mundial dispone de menos de 2.200 calorías diarias: éstos son los hambrientos.

El 85 por ciento de los productos del globo están detentados por el 15 por ciento de la población. A menos que haya cambios revolucionarios, dentro de una veintena de años el 90 por ciento de la población mundial pertenecerá al 10 por ciento de la población del globo».

En la sólo aparentemente próspera República de Sudáfrica, donde el apartheid sigue siendo de rigor, es corriente el encontrarse con escenas como la que reproducimos.







No es necesario referirse a países de los llamados «exóticos» para toparse con el problema del hambre. También en la vieja Europa y, sobre todo, en la subdesarrollada América del Sur abundan quienes no alcanzan un mínimo vital en su alimentación.

que «las capas superiores de América Latina, que representan el 5 por 100 de la población, gozan del 30 por 100 del consumo total. Al otro extremo de la escala social, el 50 por 100 de la población se reparte el 20 por 100 del consumo». Dicho de otra forma, los privilegiados consumen quince veces más que las clases populares. Si esta proporción fuera reducida a 11 por 1 «el crecimiento anual por cabeza pasaría a un 3 por 100 contra un 1 por 100 actual».

¿Qué cultivan los feudales en sus latifundios? Productos de exportación: azúcar, cacao, café, etc., que serán malvendidos en el mercado mundial a un precio inferior al que obtiene el latifundista. Es decir, el Estado —concretamente en Brasil— subvenciona al gran propietario que arruina al pueblo para después importar o mendigar el trigo americano que atenúe el hambre que mantiene este interesante sistema.

**CUARTO MITO A DESTRUIR:  
LA AYUDA EXTRANJERA  
CONTRIBUYE AL DESARROLLO**

Cuando el gobierno Goulart, en Brasil, planteó una tímida reforma agraria —confiscación de las bandas de tierra a lo largo de las carreteras, en un país donde la mayoría de las tierras están en barbecho— le fue cortada la ayuda americana que, de

nuevo, fue restablecida después del golpe militar. En este país, como en la India o en el Vietnam del Sur, la ayuda alimenticia, antes de llegar a los hambrientos, pasa por las manos de los especuladores que la revenden, en todo o en parte, a precios de mercado negro. Aquellos que no conocen el color del dinero —el 60 por 100 de los 23 millones de nordestinos— permanecen al margen de los circuitos de la ayuda alimenticia.

En estas condiciones, la ayuda alimenticia tiene por efecto el enriquecer a las clases parasitarias y en la medida en que impide a veces lo peor, protege a los regímenes corrompidos y sometidos a los intereses extranjeros de los efectos desastrosos de su política.

En su informe de 1966, la F. A. O. anota la ineficacia de las ayudas técnicas «con-

«Si el gobierno indio hubiera empleado, el verano pasado, todos los cargos aéreos C-119 y C-130 de su ejército del aire para ir a buscar el millón de toneladas de trigo que le ofrecía Australia, hubiera podido frenar la crisis alimenticia y romper los precios especulativos. Pero hubiera sido necesario para ello una revolución administrativa y las administraciones no son fácilmente revolucionarias».

cretamente en Asia y en América Latina», donde «una gran parte del beneficio que representa la mejora de la productividad agrícola va a parar a los comerciantes y propietarios de tierras a través de los agricultores endeudados con ellos». Estos «ocupan las tierras en condiciones tan precarias que nada les estimula a mejorarlas».

Por otra parte, el informe de la F. A. O. demuestra que la ayuda extranjera, en general, y la americana, en particular, no compensa las pérdidas que causa a los países subdesarrollados la repatriación anual de los beneficios netos (que representa el 20 por 100 de los capitales invertidos en América Latina) y la deterioración de las condiciones de cambio: es decir, por la disminución del poder de compra internacional de los productos que exportan los países pobres. Por ejemplo, América Latina ha perdido 12,3 mil millones de dólares entre 1951 y 1962 por el solo hecho del progresivo empeoramiento de las condiciones de cambio. Mientras que en este mismo período sólo recibió 10,3 mil millones de inversiones privadas o de donaciones públicas.

Evidentemente, es necesario esperar a que los países subdesarrollados se deshagan de sus estructuras parasitarias, pongan a trabajar a sus 20 ó 30 por 100 de parados, ataquen los problemas con sus propios medios e impongan a las naciones que hoy les dominan un trato igualitario.

**MICHEL BOSQUET**  
Fotos CIFRA y TRIUNFO